



**CORRESPONSABILIDAD
PARENTAL**

**DIFERENCIAS Y SEMAJANZAS
EN LA MANERA DE EDUCAR**

Zelmira Bottini de Rey

El objetivo de esta presentación es muy modesto: se trata de realizar algunos comentarios sobre la paternidad a partir de la experiencia acumulada en largos años trabajando con familias.

En las últimas décadas, el ritmo de vida acelerado, casi vertiginoso, colaboró a que en muchos hogares, sus miembros vivan “en paralelo” compartiendo espacios y cosas y rara vez vivencias. La escasa presencia de los padres y en ocasiones, también de las madres, ha llevado a rotular a los hijos “huérfanos de padres vivos”.

La experiencia vivida durante el 2020 con la cuarentena prolongada, dio la oportunidad a muchos padres y madres de compartir la vida cotidiana y puso de manifiesto entre muchas otras cosas, la riqueza y el valor de la corresponsabilidad parental.

No es una novedad que la presencia del padre en el hogar puede adoptar distintos modos. Así habrá padres que comparten el espacio físico, las cosas y las vivencias con sus hijos y establecen un vínculo con ellos. Se trata de una **presencia presente**.

En otras familias se da una **ausencia presente**. Es el caso del padre que ha fallecido dejando una ausencia no deseada por la madre y también los padres

que no comparten la vida cotidiana por otras circunstancias (trabajo inmigración, etc.). El padre adquiere presencia a través del testimonio valorado de la madre que suele adoptar parte de los roles paternos en un esfuerzo por llenar el vacío e intentar equilibrar la educación de sus hijos. La actitud de respeto que tiene la madre hacia el padre y que transmite a sus hijos, colabora a que éstos internalicen una presencia simbólica que neutraliza en parte la ausencia física.

También está el caso de la **ausencia ausente**. Allí el padre que no figura en ninguna dimensión; se lo niega o en el mejor de los casos se le reconoce su aporte biológico para la gestación. Con la tecnificación de la reproducción humana, esta situación se ha ido haciendo cada vez más frecuente como lo demuestra el aumento de los hogares monoparentales por elección y también la aparición de las familias homoparentales a partir de la sanción de la ley 26618/10 (ley de matrimonio entre personas del mismo sexo).

Por último se da la **presencia ausente**. En este caso, el padre, presente físicamente, no comparte las vivencias de sus hijos ni se corresponsabiliza en la educación y en la crianza. Es lo que algunos psicólogos han rotulado “síndrome de la función paterna en fuga”. A veces, la causa de esta ausencia psíquica se debe a que el padre, repitiendo un modelo vivido, no sabe cómo ejercer la paternidad integral y limita su función a cubrir las necesidades materiales. Al reducirse a ser proveedor, no llega a establecer un vínculo adecuado con su hijo/a y su paternidad queda desdibujada. Otras veces la distancia se debe a la interposición de la madre que no da espacio al padre. Esta actitud de la madre podría responder a distintos motivos, entre ellos que se sienta omnipotente en referencia a la crianza de sus hijos o que desconfíe de las habilidades y de la sensibilidad educativa masculina. La interferencia entorpece y limita el desarrollo del vínculo con su hijo y el padre opta por apartarse de las cuestiones cotidianas refugiándose en su trabajo o en actividades externas al hogar en las que se siente valorado y en definitiva, deja la crianza y la educación en manos de la madre.

Un apartado especial correspondería a la situación de los padres que no conviven con sus hijos por ruptura del vínculo conyugal. El divorcio de los padres siempre tiene efectos indeseables en los hijos. Sin embargo, es posible afirmar que cuando los padres han podido transitar el proceso de divorcio de manera

madura y han logrado reconocer y aceptar que más allá de sus desavenencias, los hijos necesitarán de ambos durante toda la vida, la posibilidad de desarrollar un vínculo con el padre no conviviente aumenta de manera considerable.

En definitiva, es importante que tanto la madre como el padre tengan en cuenta que la **ausencia** representa un factor negativo para los hijos y que solo reconociendo y aceptando esta realidad, será posible buscar la manera de neutralizarla.

Un punto de partida: varón y mujer diferentes. Hablar del padre varón y de la existencia de características propias de la educación paterna, diferente de la materna, implica reconocer y aceptar el dimorfismo sexual y la alteridad sexual como parte de la naturaleza humana. La diferencia biológica, que la ideología de género considera irrelevante, repercute en toda la persona y explica las diferencias inherentes, naturales, entre varones y mujeres.

El vínculo materno filial y el paterno filial. No escapa a estas diferencias el desarrollo del vínculo madre/hijo o padre/hijo.

La madre establece, desde etapas muy tempranas, un vínculo con el hijo que si bien en un comienzo tiene una base biológica, se va reforzando durante la gestación a partir de otros estímulos, por ejemplo la percepción de los movimientos fetales entre el 4° y 5° mes. Producido el nacimiento, los sentidos externos, sobretodo el tacto y la vista, refuerzan el vínculo. Durante el embarazo, las glándulas mamarias de la madre maduran y las hormonas producidas durante el parto refuerzan la predisposición natural que tiene la mujer a la nutrición psicoafectiva además de la física. La mujer, a través de su pensamiento intuitivo tiene facilidad para captar y decodificar las necesidades de su hijo y respondiendo a las mismas, la madre ayuda a la organización de su aparato psíquico.

El vínculo del padre con el hijo no está influido por las hormonas y su desarrollo requiere de tiempo y dedicación. Asumir la paternidad en plenitud es más difícil que vivir la maternidad. La actitud de la madre será promotora de la paternidad cuando incluya al padre y lo estimule a contactarse con el hijo/a de distintas maneras; sea tocándolo, hablándole o simplemente observándolo desde los

primeros días. También puede entorpecer este desarrollo cuando lo mantiene distante, no le da lugar y/o no valora su presencia.

En la actualidad asistimos a una paradoja: a pesar de estar devaluada la función paterna y extendida la ausencia física del padre, cada vez se observa mayor número de varones deseosos de involucrarse en la crianza de los hijos y las tareas del hogar. Muchas veces no saben cómo hacerlo o intentan emular la manera femenina. Cuando un padre se desempeña como “mamá bis”, se instala una situación en la que pierde tanto el hijo/a como el padre. El primero porque no tiene la vivencia del diferente y la comprobación de la reciprocidad y complementación entre los padres y el segundo porque, al remedar a la madre, limita o atrofia su manera natural de actuar debilitando su masculinidad.

Diferencias y semejanzas a la hora de educar.

Es importante recordar que educar tiene dos acepciones: *educare*: sacar fuera, extraer las potencialidades humanas y *educere*: llevar al hombre, varón o mujer, de un estado a otro. Por lo tanto educar, por un lado es cultivar la actualización de las potencialidades de cada uno y por otro se refiere al acompañamiento, del proceso de crecimiento, desarrollo y maduración del niño, que realiza el educador.

Es conocido que el aprendizaje mediante modelos es una de las formas más poderosas de influencia, por lo que contar con un padre y una madre que vivan de manera auténtica su femineidad y /o masculinidad es de una riqueza inconmensurable.

El varón y la mujer no son iguales lo que se traduce en maneras distintas de actuación. Las diferencias se extraen de estadísticas e investigaciones que muestran propensiones psicológicas, tendencias y prevalencias en cuanto a modos de ser típicos de la masculinidad o de la femineidad, pero no exclusividad.

Como ya se dijo en la madre predomina el pensamiento intuitivo que le facilita gran empatía hacia los sentimientos y necesidades del hijo/a. es por eso que tiende a protegerlos con comportamientos sustitutos. A veces se corre el riesgo de cercenar o limitar su autonomía, porque, como expresa María Montessori: *Toda ayuda que se da a un niño y que él no necesite, detiene su desarrollo. Dar demasiado puede ser tan malo como no dar.* El padre, habitualmente más

objetivo, suele incitarlo a arreglarse por sí mismo y a desarrollar sus propias capacidades, fomentando su autonomía.

La madre une al hijo con el mundo privado e íntimo de las emociones y los sentimientos y procura que el hijo/a se sienta bien. El padre busca que se sienta capaz y se introduzca en el mundo público de la responsabilidad y compromiso. Ambas cosas son necesarias. Si el hijo/a se queda solo con la seguridad que otorga la madre, puede verse limitada la creatividad, la iniciativa y la capacidad de asumir riesgos.

Es fácil constatar que ante una demanda del hijo/a, la madre suele dar respuestas inmediatas: lo consuela, lo alimenta, lo escucha, etc. El padre tiende a dilatar la respuesta, por ejemplo, termina lo que lo tiene ocupado antes de atender a la demanda. Esta dilación en la respuesta permite al hijo tener la experiencia que la gratificación no es inmediata; que hay un lapso entre el deseo y la acción lo que le permite comenzar a desarrollar su autogobierno.

Otra manera de la madre de "proteger" es tendiendo a endulzar la realidad excusando al hijo si no obtiene un logro, o tratando de evitarle la frustración. El padre, suele ser más objetivo, directo, realista y sobrio. Ante un fracaso del hijo lo insta a que se esfuerce antes que a consolarlo. Con esta actitud ayuda al hijo a asumir la culpa, la verdad y a reconocer la realidad. Cuando se sobreprotege y/o compadece en demasía se corre el riesgo, que en el futuro, el hijo no posea la capacidad para hacer frente a lo que le presente la vida. La madre suele ser más permisiva y el padre tiende a ser más severo y exigir mayor disciplina. La estabilización y represión que promueve el padre, es importante para la maduración del cerebro, especialmente en la adolescencia.

La manera de jugar y estimular a los hijos también es diferente. Es frecuente que la madre cuente, los hijos pequeños, cuentos o canciones que se suceden de generación en generación sin olvidar detalle; que tienda a adaptar su lenguaje al del niño y que suela desarrollar las actividades en espacio físico, psicológico y social conocido tratando de evitar el fracaso y controlar lo más posible. En cambio el padre suele ser más creativo y espontáneo; prefiere los juegos físicos en lugar de los verbales lo que demuestra su riqueza de centros espaciales cinéticos en detrimento de los del habla; sus conversaciones son breves y habitualmente no adapta su lenguaje al del niño con lo que logra ampliarle el

vocabulario; prefiere realizar las actividades en espacios distintos con lo que logra ampliar horizontes y favorecer la independencia.

Las distintas actuaciones del padre y de la madre ayudan al hijo a descubrir el equilibrio entre la intimidad y la independencia. Además la presencia del padre colabora a que el vínculo materno filial respete la dialéctica de la cercanía y la distancia.

La manera que el padre o la madre abordan un problema suele también ser diferente. Ella tiende a analizar la cuestión con detenimiento y detalle casi siempre con un fuerte componente afectivo. El padre suele ser expeditivo y aportan soluciones. Se cumple aquello de que la afectividad es un rasgo que predomina en las mujeres, mientras la efectividad lo hace en los varones. Como expresa S. Sinay: Entre las mujeres, las cosas se *hablan*, entre los varones, las cosas se *hacen*.

El lugar del padre en la adolescencia de sus hijos.

Durante muchos años, en el contexto de encuentros en colegios con adolescentes de 13 a 16 años, he podido constatar tanto en varones como en mujeres, la necesidad y el deseo que manifiestan de incrementar la comunicación con su padre y de compartir más tiempo con él. El año 2020 no fue una excepción y a pesar de que el confinamiento permitía compartir los siete días durante todo el día, también apareció el reclamo.

Algunos padres se sorprenden de que las chicas busquen estar con su papá. No tienen conciencia de que en esa etapa de la vida el padre ocupa un lugar primordial. La niña adolescente necesita de su padre admiración y cuidado. La mirada del padre aumenta la autoestima de la hija y la ayuda a afirmar su feminidad. El cuidado se manifiesta a través del interés por sus cosas y también por los límites que se le propongan ya que cuando están pensados a la medida de esa chica, manifiestan el afecto de ese padre por su hija. Los múltiples ejemplos volcados en la obra "Padres fuertes, hijas felices" de Meg Meecker evidencian esta afirmación.

Los adolescentes varones también ansían mayor contacto con su padre y la posibilidad de compartir algún espacio o actividad en exclusividad. Necesitan

pasar tiempo junto a su padre sin importar que la comunicación verbal sea abundante y/o fluida.

El varón adolescente necesita percibir de parte de su padre aceptación y valoración. La aceptación del padre es fundamental para experimentar la pertenencia al mundo de los varones. Toda ocasión es buena para que el padre exprese a su hijo que lo considera una persona única e irrepetible, con las características que le son propias, por encima de las opiniones, actitudes y/o comportamientos del momento. Además el adolescente necesita de la valoración de su padre. Un padre que valida a su hijo es porque tiene confianza en él y por lo tanto genera un círculo virtuoso ya que la confianza que tiene en su hijo redundará en confianza del hijo hacia él y lo que es más importante en confianza en sí mismo, base de la autoestima.

Si bien el padre tiene un protagonismo especial en la adolescencia de los hijos, será la actitud de la madre la que facilite o entorpezca este lugar. La madre facilitadora del vínculo paterno filial actúa como puente entre el hijo/a y el padre. Al ser más intuitiva, capta la vivencia del adolescente con mayor facilidad; puede compartir con el padre la situación y facilitarle la intervención. La que obstaculiza no logra correrse del centro de la escena; se siente imprescindible; protesta porque su compañero no toma iniciativas de acercamiento a sus hijos adolescentes, pero ante cualquier intento, los corrige y/o boicotea... En definitiva no tiene verdadera confianza en el padre y en la misión que le compete.

Cuando el vínculo conyugal está conservado es más sencillo realizar esta tarea. Sin embargo, hay que recordar que los vínculos no son estáticos y que necesitan de la nutrición diaria para no languidecer o morir. La mayor riqueza para los hijos de cualquier edad y sobretodo los adolescentes es tener un padre y una madre que, por encima de sus dificultades conyugales, los ayuden a hacerse cargo de ellos mismos y a diseñar su proyecto de vida.

Lamentablemente es frecuente que esta situación no se produzca, lo que nos lleva a recordar que tanto el ejercicio de la maternidad como el de la paternidad superan el plano biológico. Todos y cada uno de los varones y las mujeres, están llamados a hacerse cargo de la generación que les sigue ejerciendo la paternidad y la maternidad integral.